Érase una vez...

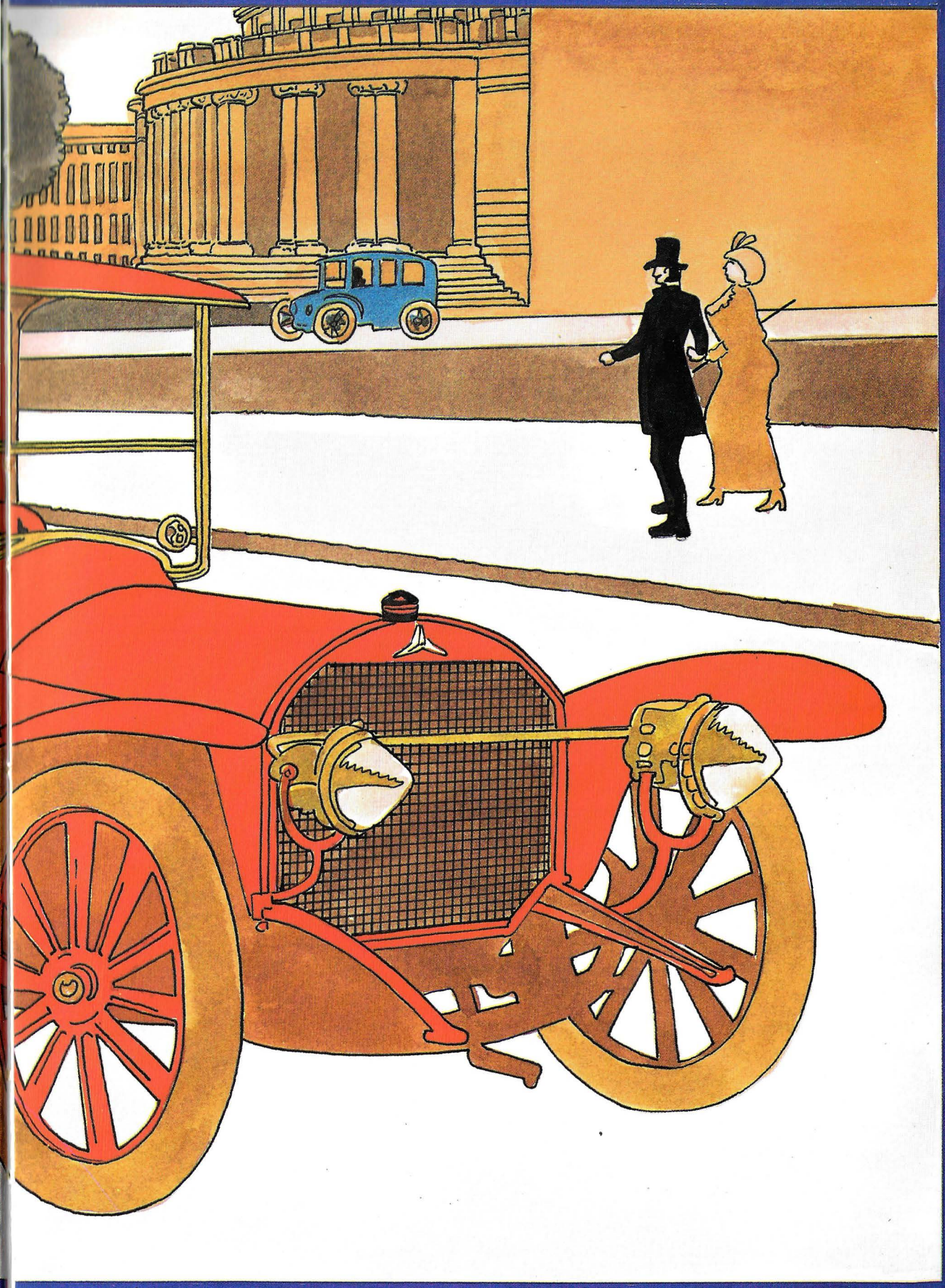
el HOMBRE

24

La Belle Époque

PLANETA-AGOSTINI

MERATI



ERASE UNA VEZ EL HOMBRE

Equipo editorial:

Realización: JPV Servicios Editoriales. Grupo Babel
Coordinador: Carles Gené
Textos: Saro de la Iglesia
Ilustradores: Antonio Grajera, Antonio Sama, Francisco Tórtola, Carlos de Andrés
Rotulación: Gavin Rodrigues
Asesoría histórica: Jesús González
Diseño gráfico: Spoot Grafic
Maquetación: María Torres, Carles Gené

La Belle Époque

© Procidis
© para esta edición: Planeta-Agostini S.A.
Todos los derechos reservados

ISBN Obra completa: 84-395-1867-6
ISBN Tomo 24: 84-395-1891-9
Depósito Legal: B-5594/93

Fotocomposición y fotomecánica: FOINSA (Barcelona)
Impresión: Printer, Industria Gráfica (Barcelona)
Impreso en España-Printed in Spain

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra mediante impresión, fotocopia, microfilm o cualquier otro medio, sin permiso escrito del editor.

Érase una vez... el HOMBRE

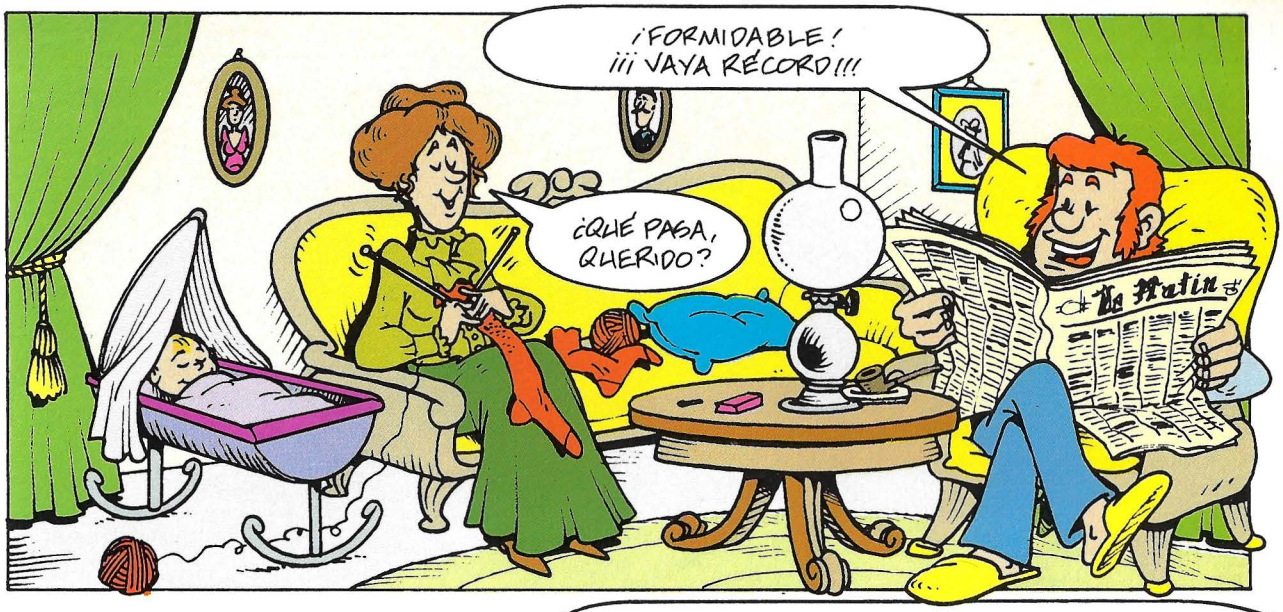
24

LA BELLE ÉPOQUE

PLANETA-AGOSTINI

HACIA EL SIGLO XX

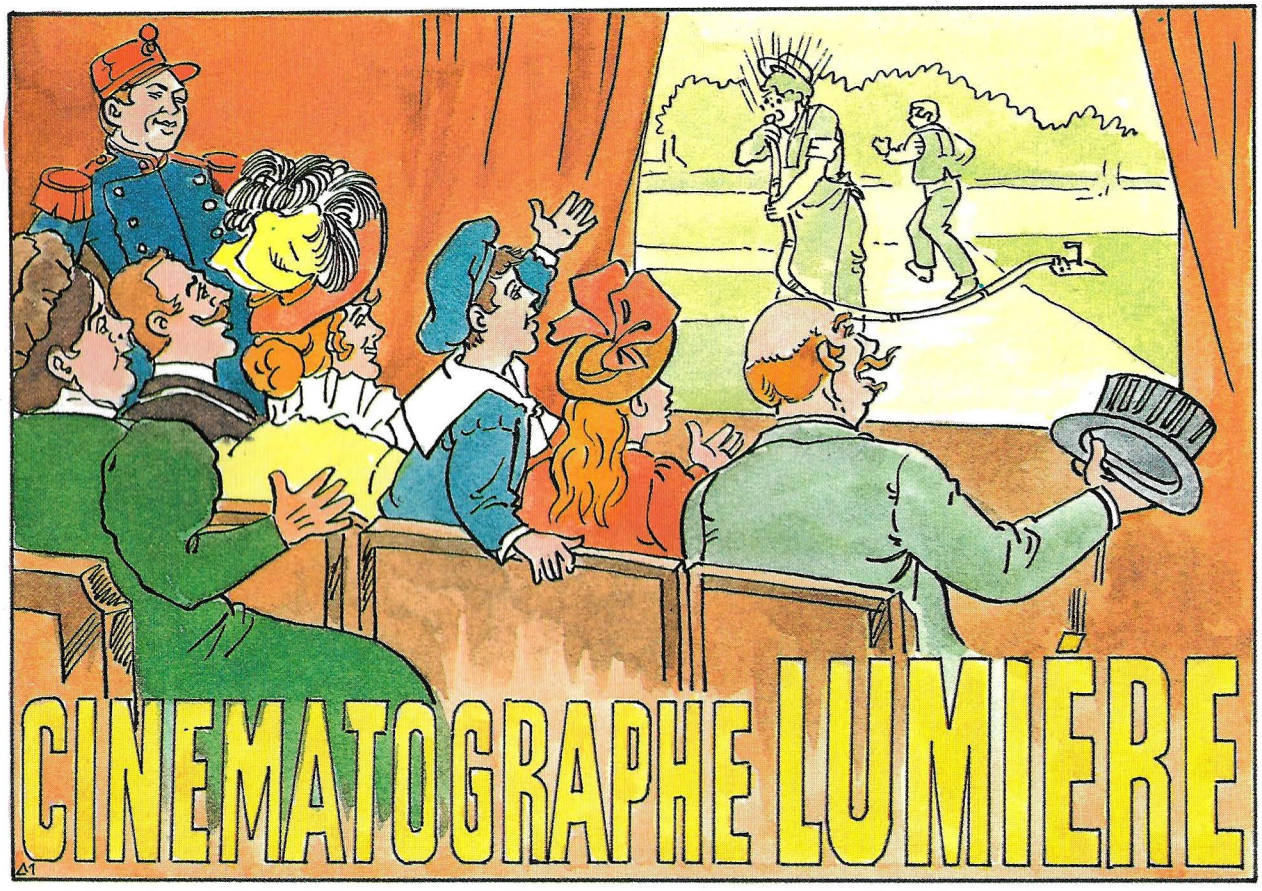
A finales del siglo pasado, los países occidentales estaban poseídos por un espíritu optimista. Hacía años que los grandes estados europeos no se hacían la guerra entre ellos; la economía funcionaba viento en popa, la ciencia descubría uno tras otro los secretos de la materia; y la técnica se aplicaba a nuevos instrumentos de bienestar. La vida parecía proyectada hacia un futuro prometedor de paz y de prosperidad, en el que todos los problemas se acabarían resolviendo...



Todo se realizaba cada vez más deprisa: el tiempo necesario para llevar a cabo operaciones que antes requerían semanas o días enteros se reducía a horas, a minutos...
La velocidad entusiasmaba por sí misma. En todo tipo de competiciones, a las que ahora acudía un numeroso público, no se buscaba tan sólo batir al adversario sino establecer un *récord,* un límite máximo que apenas alcanzado, alguien intentaría superar inmediatamente.

GENIO Y NEGOCIOS

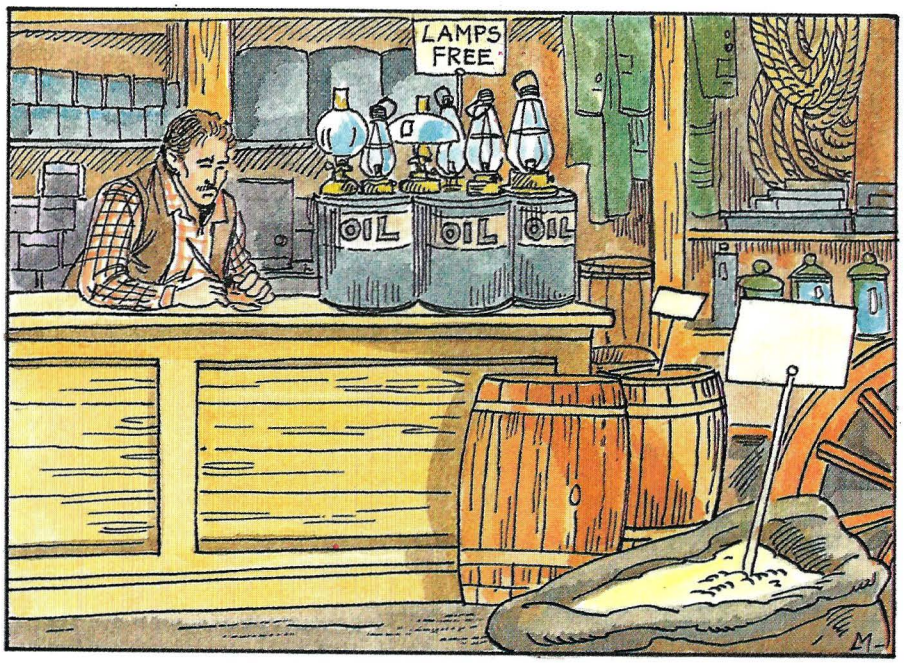
Si el progreso se alcanzaba cada vez más deprisa, no era porque de pronto hubiera aumentado el número de personas que inventaban algo nuevo. Lo que sucedía es que había llegado a su pleno desarrollo el proceso iniciado en el siglo anterior con la revolución industrial. Con un invento acertado se podía hacer dinero, mucho dinero y los empresarios aceptaban gustosamente financiar cualquier proyecto que ofreciera un enriquecimiento rápido. Podía ser cualquier cosa, una medicina que librase del dolor, una máquina que hiciera más cómoda la vida o incluso un simple pasatiempo. Si alguien pagaba...



A menudo inventores y financiadores fueron la misma persona: un hombre genial que, en vez de ceder la explotación de su invento, fundaba una sociedad para organizar la producción y la venta del nuevo hallazgo. Muchas grandes empresas llevan todavía el nombre de los inventores-empresarios que las fundaron: Michelin, Westinghouse, Siemens, Waterman, Gillette...

Otra causa del gran desarrollo técnico fue que el progreso en un sector favorecía el desarrollo de otras actividades. Por ejemplo, se había empezado a extraer el petróleo para sustituir los aceites vegetales o animales quemados en las lámparas; pero luego se descubrió que aquel líquido maloliente era una preciosa fuente de energía para un motor potente y ligero.

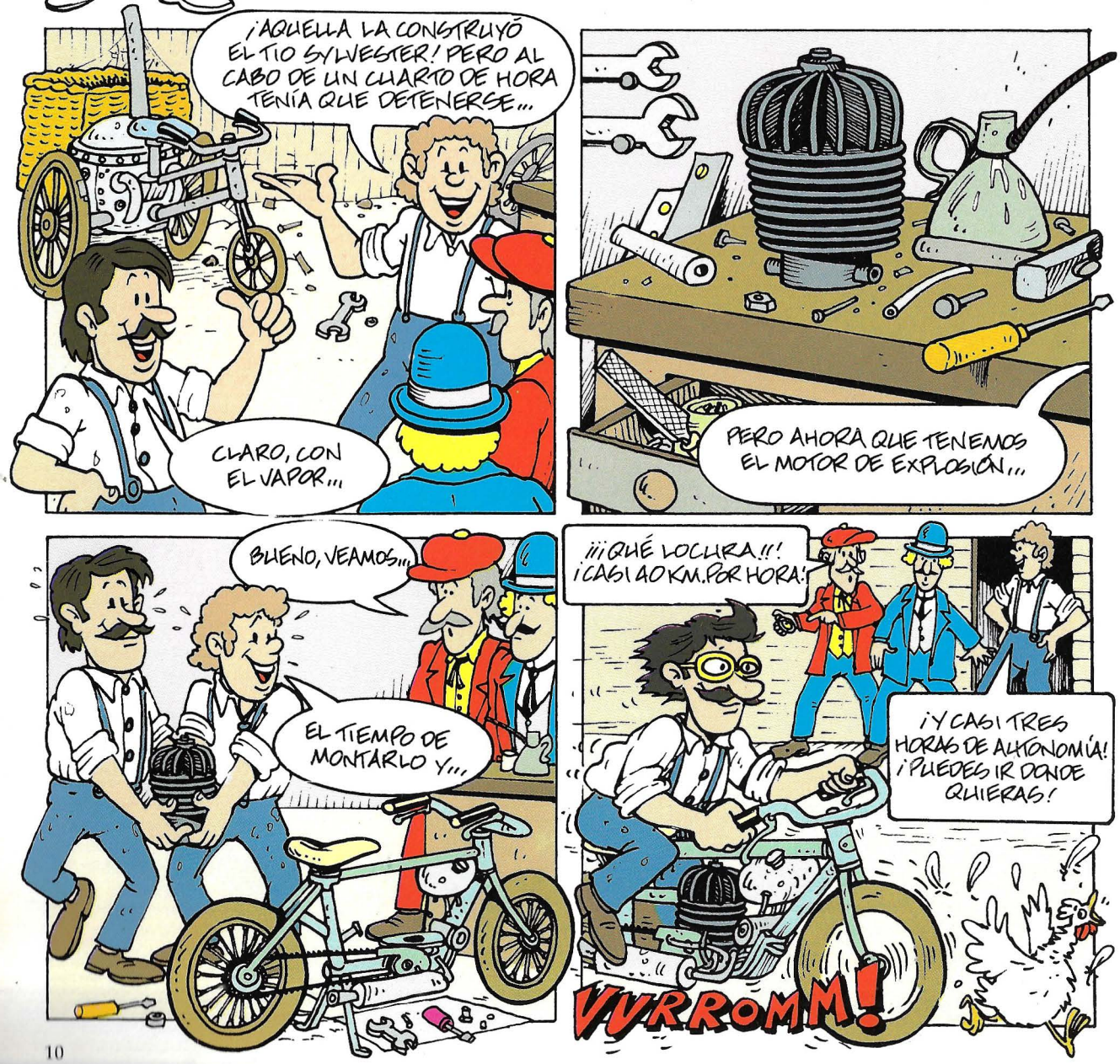
Thomas Alva Edison, estadounidense, nacido en 1847 y muerto en 1931, llevó a cabo una gran cantidad de inventos originales (entre ellos, la lámpara eléctrica y el fonógrafo) y perfeccionó muchos otros. Demostró desde niño una gran creatividad, pero confiaba sobre todo en el trabajo metódico. "El genio" dijo una vez "es un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve por ciento de transpiración".



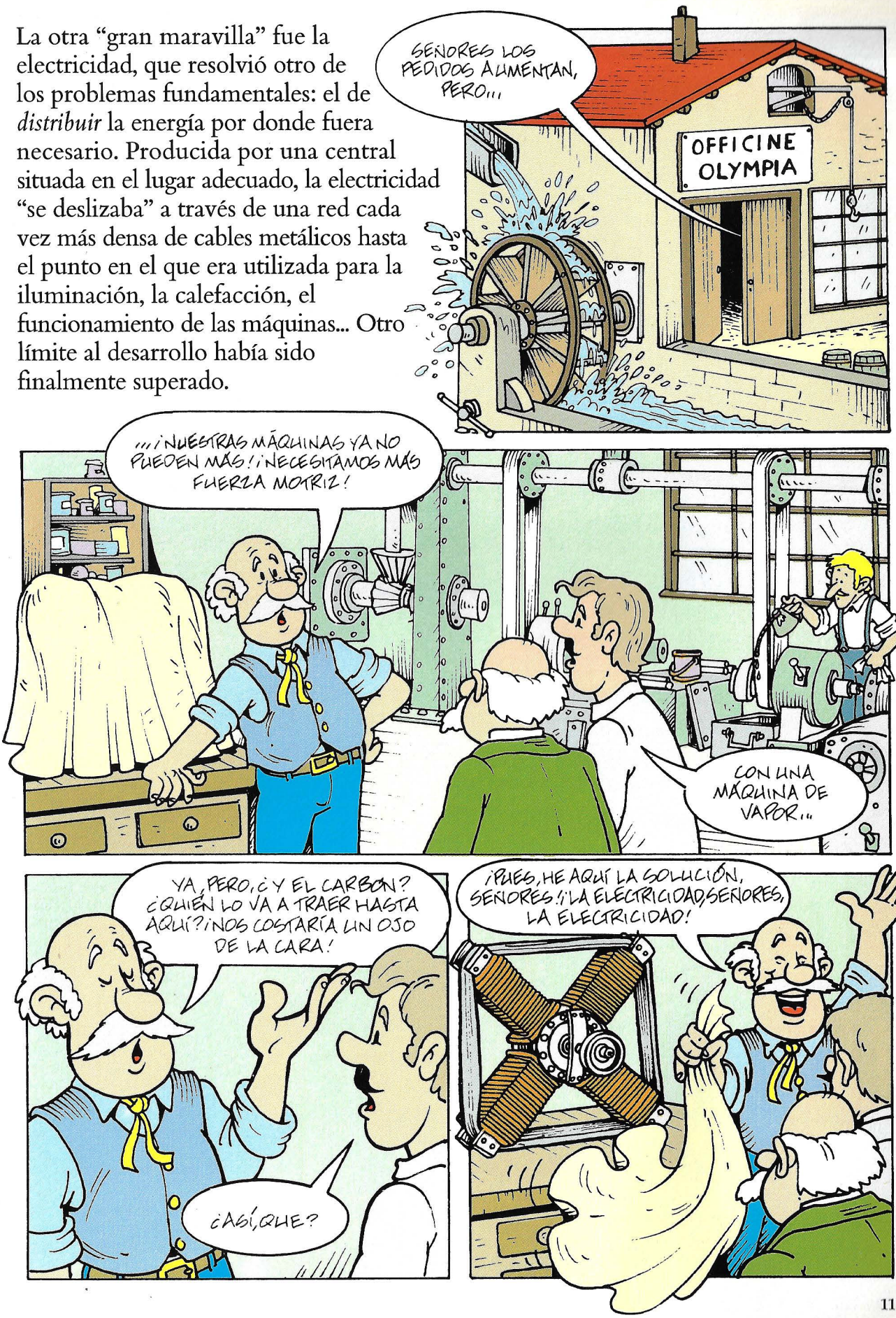
El empleo del petróleo para la iluminación fue "lanzado" por John Davison Rockefeller, el más famoso de los geniales capitalistas de la *belle époque*. A quien compraba su petróleo le daba como regalo la correspondiente lámpara... ¡asegurándose de este modo que deberían adquirir más combustible! El nacimiento del motor de explosión (y el consiguiente empleo del petróleo como carburante) multiplicó sus beneficios, destinados en parte a fines benéficos: la Fundación Rockefeller sigue financiando en la actualidad estudios e investigaciones de todo tipo. Murió, a la edad de noventa y ocho años, en 1936.

INVENTOS, INVENTOS, INVENTOS...

El motor de vapor –nacido hacía ya un siglo– había llegado casi a la perfección y proporcionaba una potencia enorme a los talleres, a los barcos y a los trenes. Pero tenía un problema: su peso. Al peso del motor propiamente dicho había que añadir el del agua y el del carbón indispensables para que funcionara. El peso global de una pequeña "unidad motriz", capaz de proporcionar para unas pocas horas la misma potencia que un moderno ciclomotor, ¡superaba con mucho los cien kilos!

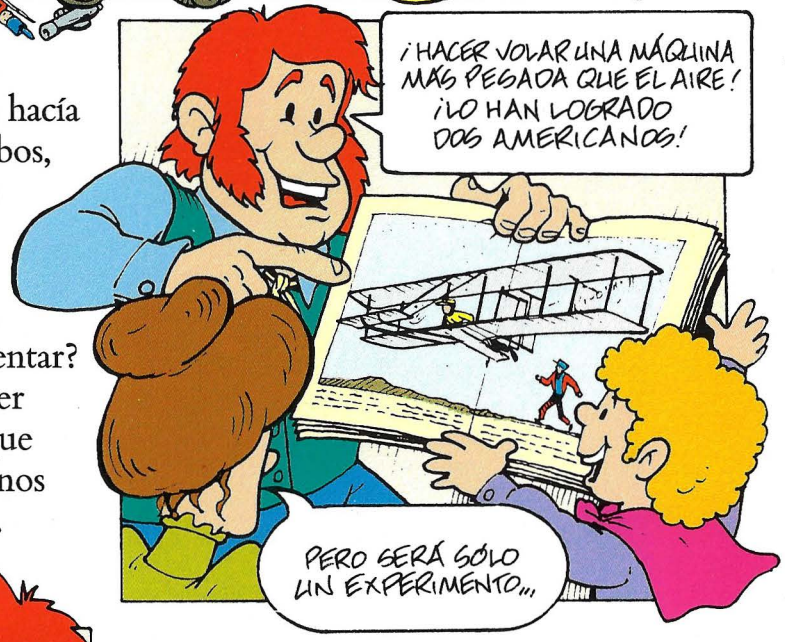


La otra "gran maravilla" fue la electricidad, que resolvió otro de los problemas fundamentales: el de *distribuir* la energía por donde fuera necesario. Producida por una central situada en el lugar adecuado, la electricidad "se deslizaba" a través de una red cada vez más densa de cables metálicos hasta el punto en el que era utilizada para la iluminación, la calefacción, el funcionamiento de las máquinas... Otro límite al desarrollo había sido finalmente superado.



También para transmitir información había un límite que parecía infranqueable. Telégrafo y teléfono precisaban de hilos eléctricos, con los que era difícil y costoso superar grandes distancias y obstáculos naturales. Si se pudiera prescindir de este inconveniente... ¿Pero cómo? ¡No habría logrado imaginarlo ni siquiera Julio Verne, el autor de las primeras novelas de "ciencia ficción"! Un joven italiano intentó una y otra vez resolver el problema, hasta que un día...

Otro de los más antiguos sueños del hombre, volar, se había realizado hacía tiempo, pero sólo a medias. Los globos, voluminosos pero poco pesados, no podían ser llevados a donde se quisiera. Aplicando el ligero motor de explosión, fueron transformados en *dirigibles*. ¿Qué más se podía inventar? ¡Era "teóricamente imposible" hacer levantar una máquina más pesada que el aire! Pero a los ingeniosos hermanos Wright, no les bastaban las teorías...



EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES...

A primera vista, parecería que el período entre fines del siglo XIX y principios del XX mereciera totalmente el nombre de *belle époque* (época bella) con el que todavía es recordado. Mucha gente vivía, efectivamente, como en otros tiempos sólo se lo podían permitir unos cuantos "grandes señores": bonitos vestidos, viajes, comodidades de todo tipo... La publicidad —también ésta fue de las "grandes novedades" del momento— proponía a todos una cantidad de cosas que habrían de hacer la vida más fácil, más divertida, más cómoda.

La publicidad enseñó muy pronto sus "dos caras". Por un lado, informaba al público sobre la *utilidad* de un nuevo producto resaltando sus funciones. Pero por otra, impulsaba a la adquisición de los objetos, presentándolos como *status symbol*, es decir, objetos que distinguen a quienes los poseen por el solo hecho de poseerlos. Había aparecido el "consumismo".

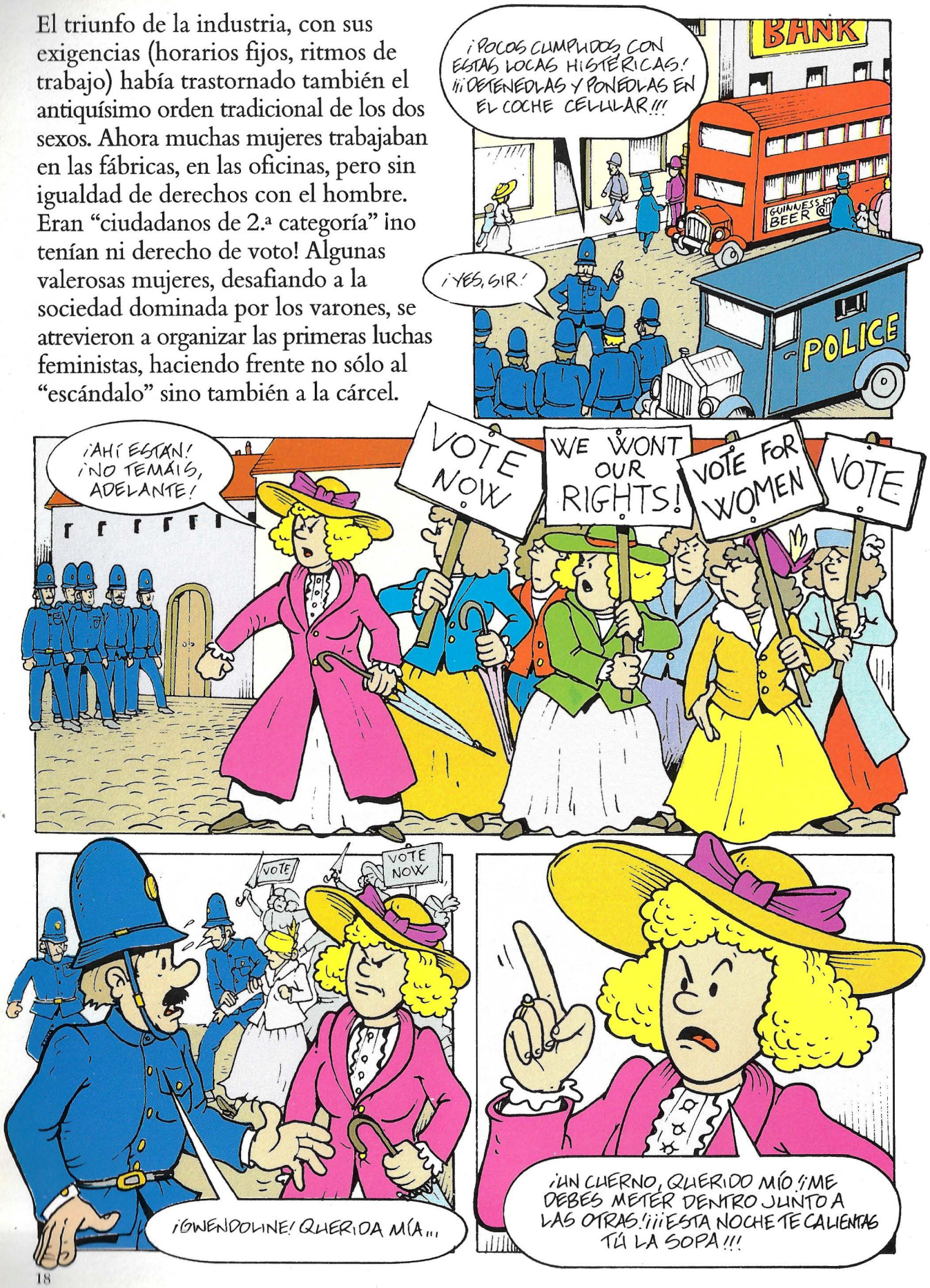
Para muchos, el tiempo destinado al trabajo era cada vez menor, mientras crecía el tiempo libre. Este se podía llenar con una gran variedad de diversiones entre las que cada vez era más popular el deporte en todas sus especialidades. Esta actividad saludable y pacífica fue exaltada al máximo con la instauración de las Olimpiadas, "reinventadas" por el francés Pierre de Coubertin: según él, debían ser (como en la antigua Grecia) una gran fiesta de paz a celebrarse cada cuatro años. Debían favorecer el encuentro entre todos los pueblos, contribuyendo a eliminar definitivamente la bárbara institución de la guerra... En definitiva, el mundo era perfecto, o casi. Muchos estaban convencidos de ello. Pero ¿era cierto? ¿Tan bella fue la *belle époque*?

PRESAGIOS DE GUERRA

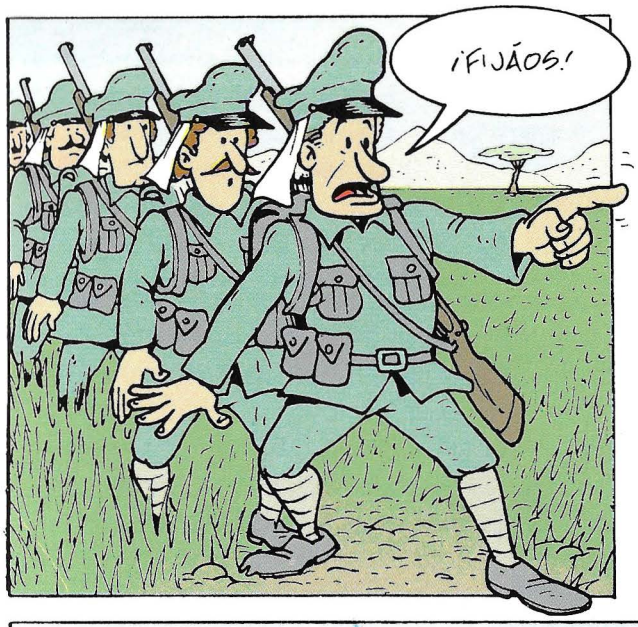
El esplendor de la *belle époque* era en gran parte pura ilusión. El crecimiento económico no había logrado resolver muchos problemas y había creado otros, que se hicieron cada vez más graves. Entre las masas populares, hartas de miseria y represión, se extendía la idea de recurrir a la fuerza: sólo una revolución podía acabar con aquella sociedad basada en la explotación para sustituirla por una sociedad nueva, justa y pacífica, donde todos pudieran disfrutar de los beneficios de su propio trabajo. Al menos, esto es lo que se esperaba...

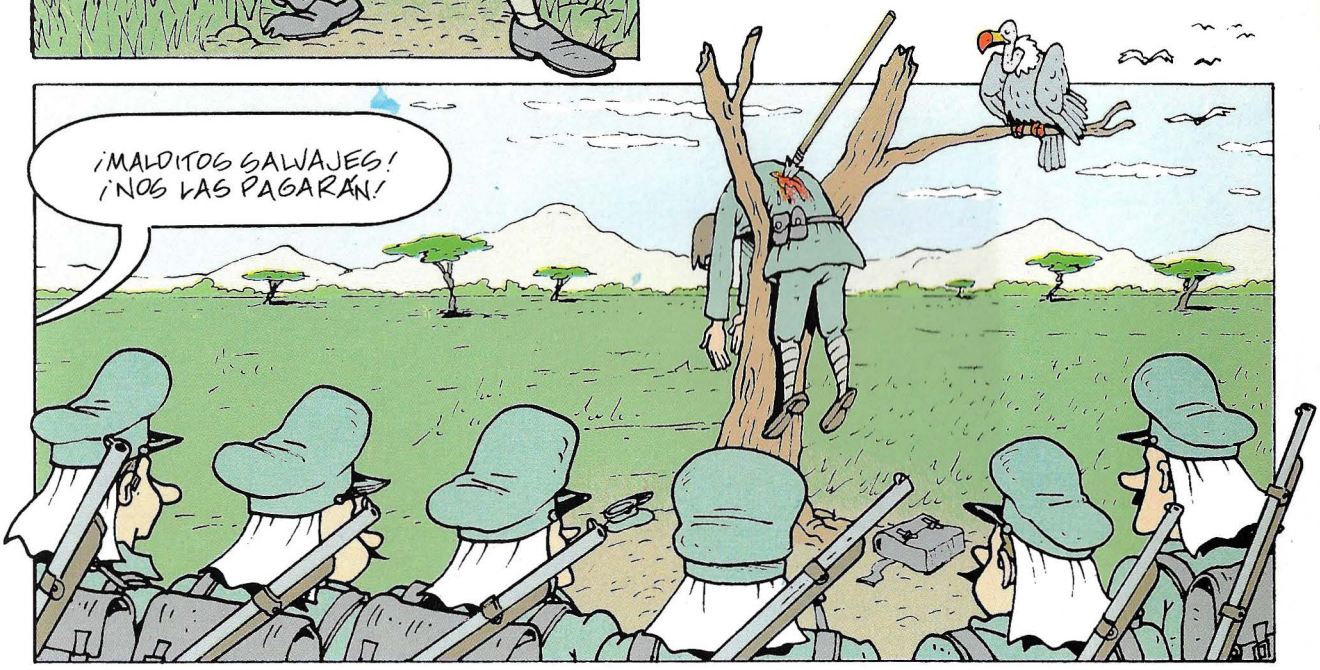
La mayoría de la población vivía en condiciones terribles, hasta el punto de que millones de seres humanos –procedentes básicamente de las zonas agrícolas– afrontaban la dramática experiencia de la emigración al extranjero para poder sobrevivir. Iban sobre todo a América, tanto al norte como al sur. Muchos otros se limitaban a emigrar dentro de su propio país del campo a la ciudad, donde se encontraban con que la vida era más cara, el dinero siempre era escaso, y todo intento de protesta era reprimido duramente.

El triunfo de la industria, con sus exigencias (horarios fijos, ritmos de trabajo) había trastornado también el antiquísimo orden tradicional de los dos sexos. Ahora muchas mujeres trabajaban en las fábricas, en las oficinas, pero sin igualdad de derechos con el hombre. Eran "ciudadanos de 2.ª categoría" ¡no tenían ni derecho de voto! Algunas valerosas mujeres, desafiando a la sociedad dominada por los varones, se atrevieron a organizar las primeras luchas feministas, haciendo frente no sólo al "escándalo" sino también a la cárcel.



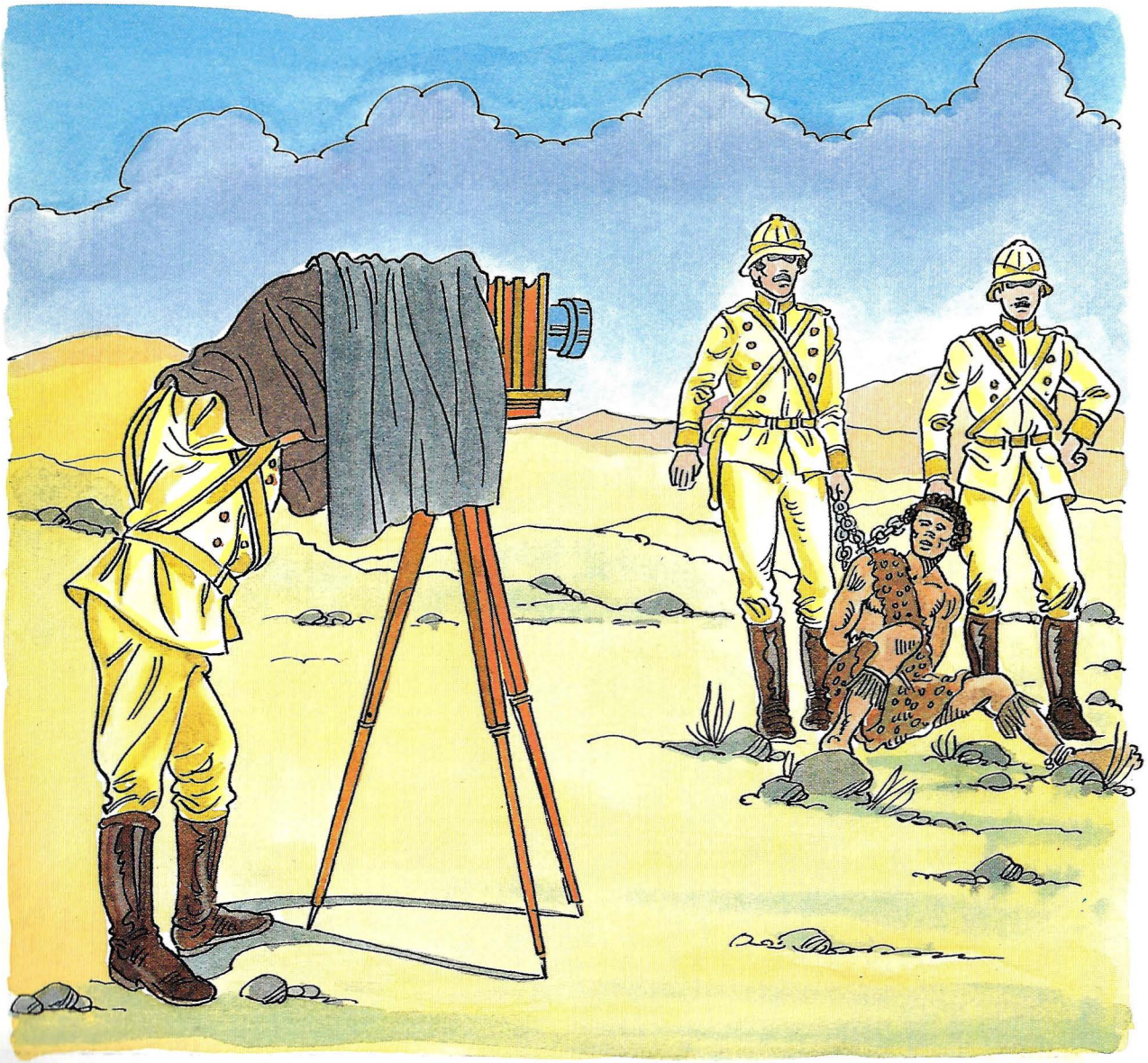
Aunque fuera a base de lucha y sacrificios, dentro de la sociedad occidental la población más humilde lograba poco a poco obtener alguna mejora. Las cosas, en cambio, marchaban mucho peor para los pueblos pobres y retrasados: las grandes naciones se adueñaban por la fuerza de sus territorios, los declaraban "colonias" y les explotaban despiadadamente. Y quien se oponía a la "civilización" no tenía ninguna escapatoria...





EL GRAN SAQUEO

El sistema industrial requería una cantidad cada vez mayor de materias primas: minerales de todo tipo, alimentos, madera, fibras vegetales, el precioso petróleo. El modo más económico de procurarse todo lo que necesitaban fue aquel gigantesco saqueo que se llamó "colonialismo": una operación que ningún pueblo europeo habría tolerado sobre su propio territorio, pero que no dudaron en aplicar a sus colonias. No había nada malo en expoliar a los "salvajes", ya que en su ignorancia ¡no sabían qué hacer con tantas riquezas! Incluso muchos europeos estaban convencidos de que así se llevaba a aquella gente primitiva la "luz de la civilización". En realidad, los occidentales llevaron a las colonias un completo trastorno en sus costumbres, su economía y su cultura.



Si un territorio era adecuado para el cultivo de una planta "útil" para los occidentales, sin ningún reparo se eliminaban los cultivos tradicionales y se obligaba a la gente del lugar a cultivar sólo lo que interesaba al "amo blanco". Este brutal sistema no tan sólo trastornaba la economía tradicional sino que a menudo provocaba verdaderas catástrofes ambientales. Había dos posibilidades de "mantener el orden" en las colonias: o bien se las gobernaba directamente o bien eran confiadas a un jefe local, recompensándole bien y haciendo la vista gorda con los métodos que éste utilizaba. Muchos feroces dictadores se enriquecieron oprimiendo a su propio pueblo con la ayuda de las naciones "civilizadas".

DETRÁS DE LA FACHADA

En realidad, no todo era bello en la *belle époque*. Más de uno dudaba que la ciencia y la técnica llegaran a hacer del hombre el "amo del mundo". Los artistas, los filósofos y los propios científicos cuestionaban las rotundas certezas de la gente común. Tras la fachada de alegría y de bienestar había una gran inquietud: el hombre estaba cambiando el mundo pero no lograba ponerse a la altura de los cambios. Y además, sabía tan poco de sí mismo...

Las conquistas coloniales no habían satisfecho las necesidades de las grandes potencias: si acaso, las habían aumentado. Las rivalidades volvieron a empezar. Se intentó resolverlas con la diplomacia, pero al mismo tiempo se armaban hasta los dientes... La triste palabra "guerra" se pronunciaba cada vez más a menudo. Al final estuvo claro que sólo faltaba una excusa, y fue fácil encontrarla: bastaron los pocos disparos de un atentado para que se desencadenara un infierno.

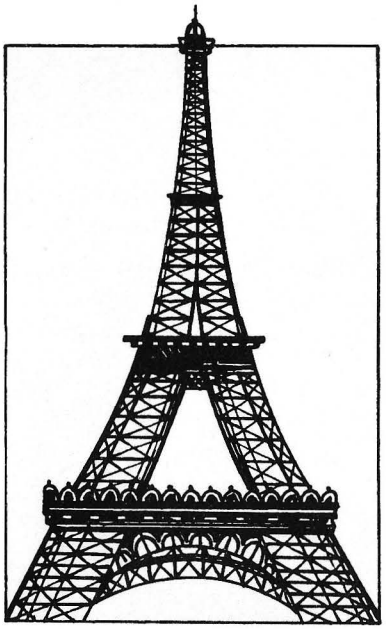
UN DESASTRE INÚTIL

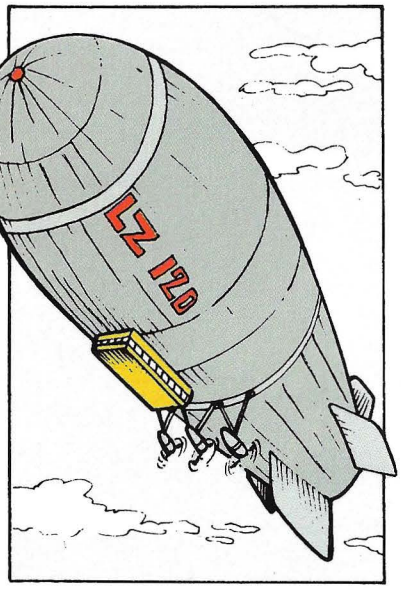
El conflicto —el primero que mereció desgraciadamente el nombre de "mundial"— envolvió rápidamente a muchas naciones, y tanto en Francia como en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Rusia o en Austria-Hungría, una hábil propaganda convenció a mucha gente de que sería una guerra "justa". Además, se pensaba que sería breve, una guerra "moderna", realizada con armas "ultramodernas" que el progreso técnico había producido. En realidad, "el desastre inútil", como lo llamó el papa Benedicto XV, fue una larguísima sucesión de combates en los que cada adversario intentaba desgastar las fuerzas del otro. Ataques y contraataques, a menudo por unos cuantos metros de terreno, se prolongaron a lo largo de cuatro años; los muertos se contaron por millones...

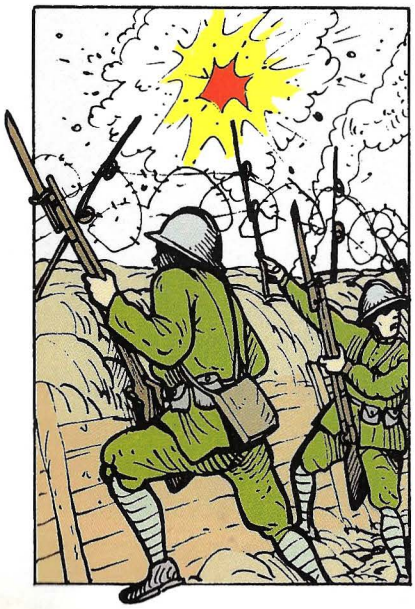
La dura realidad de los campos de batalla y de las trincheras se reveló de modo muy diferente a la guerra "bella y heroica" de las propagandas nacionalistas: un horrible y absurdo matadero cotidiano.
Pero viviendo en contacto con este infierno los hombres descubrieron los valores de la solidaridad, el deseo de unirse para construir un mundo más justo. Y cuando no se debía atacar, siguiendo la cruda ley del "matar para no morir", se descubría que el "enemigo" –pintado por la propaganda como una fiera a la que aplastar– era un hombre que cantaba las mismas canciones, fumaba los mismos cigarrillos...

El entusiasmo inicial desapareció pronto: nadie deseaba ser enviado a morir por la ineptitud de sus gobernantes. En Rusia, el descontento popular ante la miseria provocada por la guerra ofreció al grupo revolucionario capitaneado por Vladimir Ulianov, llamado Lenin, la oportunidad de desencadenar un levantamiento popular que diera todo el poder a los "soviets" (consejos populares). Retirado su país de la guerra, Lenin terminó victoriosamente la revolución y se dedicó a la construcción del nuevo estado, la URSS, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Era el principio de otro dramático capítulo de la historia moderna. En 1918, la guerra terminaba también para los otros contendientes. El bloque formado por Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia había "vencido" al que formaban Alemania y Austria-Hungría. En realidad todos, incluso los vencedores, estaban derrotados: la *belle époque* había terminado con un baño de sangre.

El objetivo declarado por Lenin era la dictadura de una clase, el proletariado, cuya "vanguardia" era el partido comunista: la democracia era un "lujo" que la revolución no podía permitirse. Pero para otra gran revolucionaria, Rosa Luxembourg, "la libertad únicamente para los miembros del partido no es libertad... La libertad siempre es la de quien se la imagina de modo diferente".







CRONOLOGÍA

1870. Guerra entre Prusia y Francia; es el último conflicto entre naciones europeas antes de un largo período de paz.

1871. El italiano Antonio Meucci inventa el teléfono (patentado posteriormente en 1876 por Alexander G. Bell).

1884. Gottlieb Daimler y Wilhelm Maybach, alemanes, fabrican el primer motor de gasolina.

1889. Para la Exposición Universal de París se construye la Torre Eiffel. Durante más de medio siglo será la construcción más alta realizada por el hombre.

1895. Primera transmisión de señales sin hilo ("radiotelegrafía") realizada por Guillermo Marconi. Tiene sólo veintiún años - En París , los hermanos Auguste y Louis Lumière proyectan en público sus primeras películas.

1900. Vuelo inaugural del primer dirigible, construido por el alemán Ferdinand von Zeppelin.

1903. Orville Wright realizaba el primer vuelo controlado sobre un avión con motor, construido junto a su hermano Wilbur.

1906. Primer programa radiofónico para el público en los Estados Unidos.

1909. El francés Louis Blériot lleva a cabo la primera travesía aérea del canal de la Mancha.

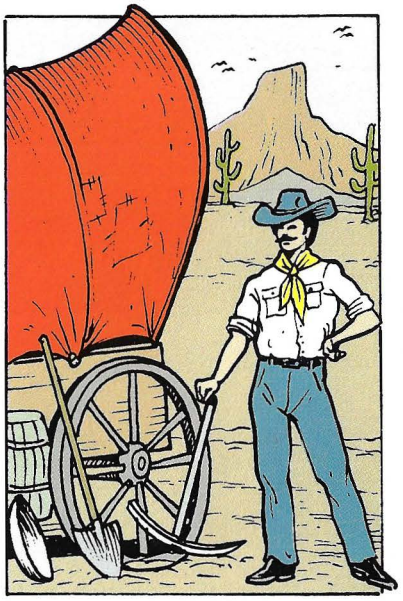
1914. Comienza la Primera Guerra Mundial.

1917. En febrero, el zar de Rusia es destronado - Abril: decisiva intervención en la guerra de los Estados Unidos - En otoño ("Revolución de Octubre") la situación en Rusia pasa a las manos de Lenin.

1918. Fin de la Primera Guerra Mundial.

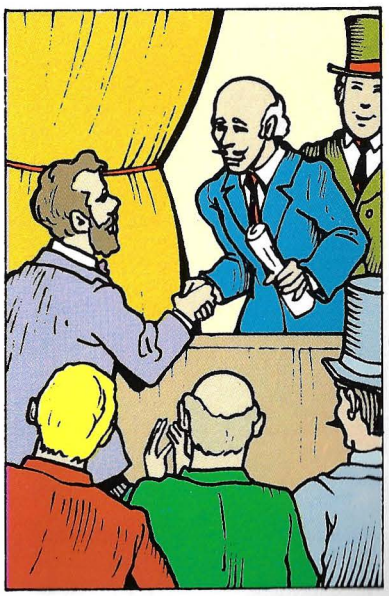
CURIOSIDADES

En el mismo año en el que nacía la *linotipia,* un farmacéutico de Atlanta, en el sur de los Estados Unidos, lanzaba al mercado un "precioso tónico para el cerebro". El efecto de la bebida se debía al hecho de que contenía, junto a muchos otros ingredientes, un extracto de hojas de coca, ¡la misma planta de la que se extrae la peligrosa cocaína! Cuando estuvo claro que el extracto de coca era dañino para la salud, fue prohibido. Pero la bebida de Pemberton, aunque ya no "tonificaba" el cerebro, seguía siendo apetecible y saciaba la sed. En todo el mundo, miles de millones de personas siguen bebiendo hoy Coca Cola.

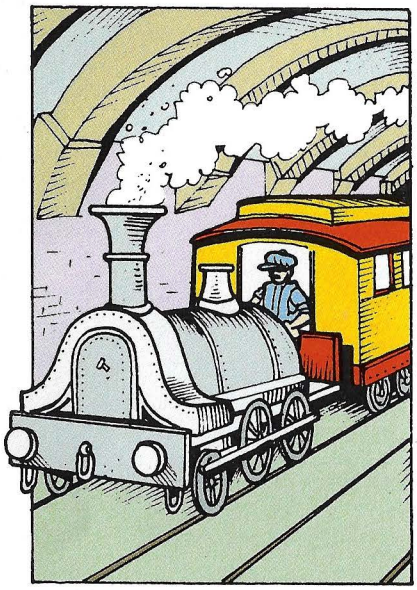


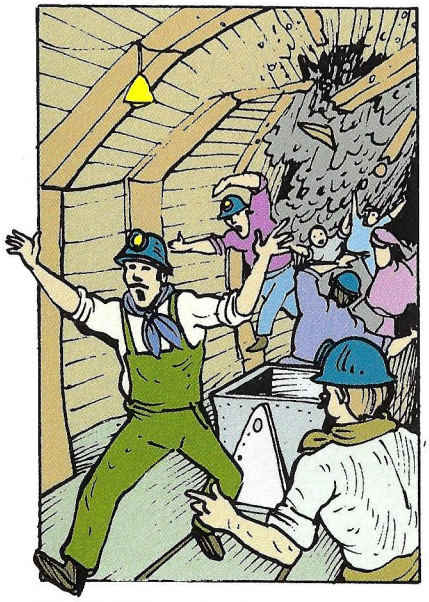
En San Francisco (Estados Unidos), en 1874 Jacob Davis y Levi Strauss emplearon una partida de "tela de Génova" (un rudo tejido azul) para confeccionar robustos pantalones de trabajo. Aquella práctica prenda tuvo un éxito inmediato entre los mineros, los campesinos y los *cow boys.* Habían nacido los *vaqueros.*

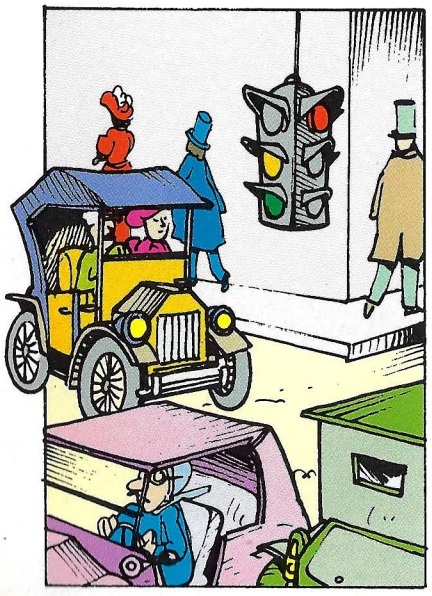
En 1867, el sueco Alfred Nobel había inventado la *dinamita,* un explosivo muy potente y manejable que permitió la excavación de gigantescos canales y galerías. Sin embargo, éste y otros explosivos inventados por Nobel también fueron utilizados ampliamente para fines militares, con unos resultados de una "eficacia" terrible. Atormentado por la idea de haber contribuido a crear tales instrumentos letales, Nobel decidió dedicar la enorme riqueza que su invento le había proporcionado para fines humanitarios. Nacieron así los "Premios Nobel", que a partir de 1901 son asignados a grandes personalidades de la literatura y de la ciencia. También hay un premio destinado a quien haya trabajado en favor de la paz en cualquier parte del mundo.



El crecimiento de las grandes ciudades provocaba la congestión del tráfico incluso mucho antes de la llegada del automóvil. El problema fue remediado con la construcción de vías ferroviarias elevadas o subterráneas, reservadas a trenes ligeros y rápidos: los metropolitanos. Viajar en trenes subterráneos no era, al principio, muy







confortable: el humo de las locomotoras a vapor obligaba a mantener las ventanillas herméticamente cerradas para no dañar los pulmones... El invento de la locomotora eléctrica (inaugurada en Londres en 1890) resolvió el problema.

Gustave Eiffel, proyectista y constructor de la torre parisina que se convirtió en el símbolo de una época, pudo enorgullecerse por otro motivo. Su construcción –a pesar de que se tratara de una "pieza única", y en consecuencia, edificada sin ninguna experiencia precedente– no costó ni una sola vida humana. No se puede decir lo mismo, en cambio, de muchas "grandes obras" de la época (los túneles en particular). Por otra parte, en casi todos los sectores productivos las medidas de seguridad eran mínimas: poco protegidos por la ley, los trabajadores estaban expuestos a graves riesgos y la mortalidad por accidentes era altísima.

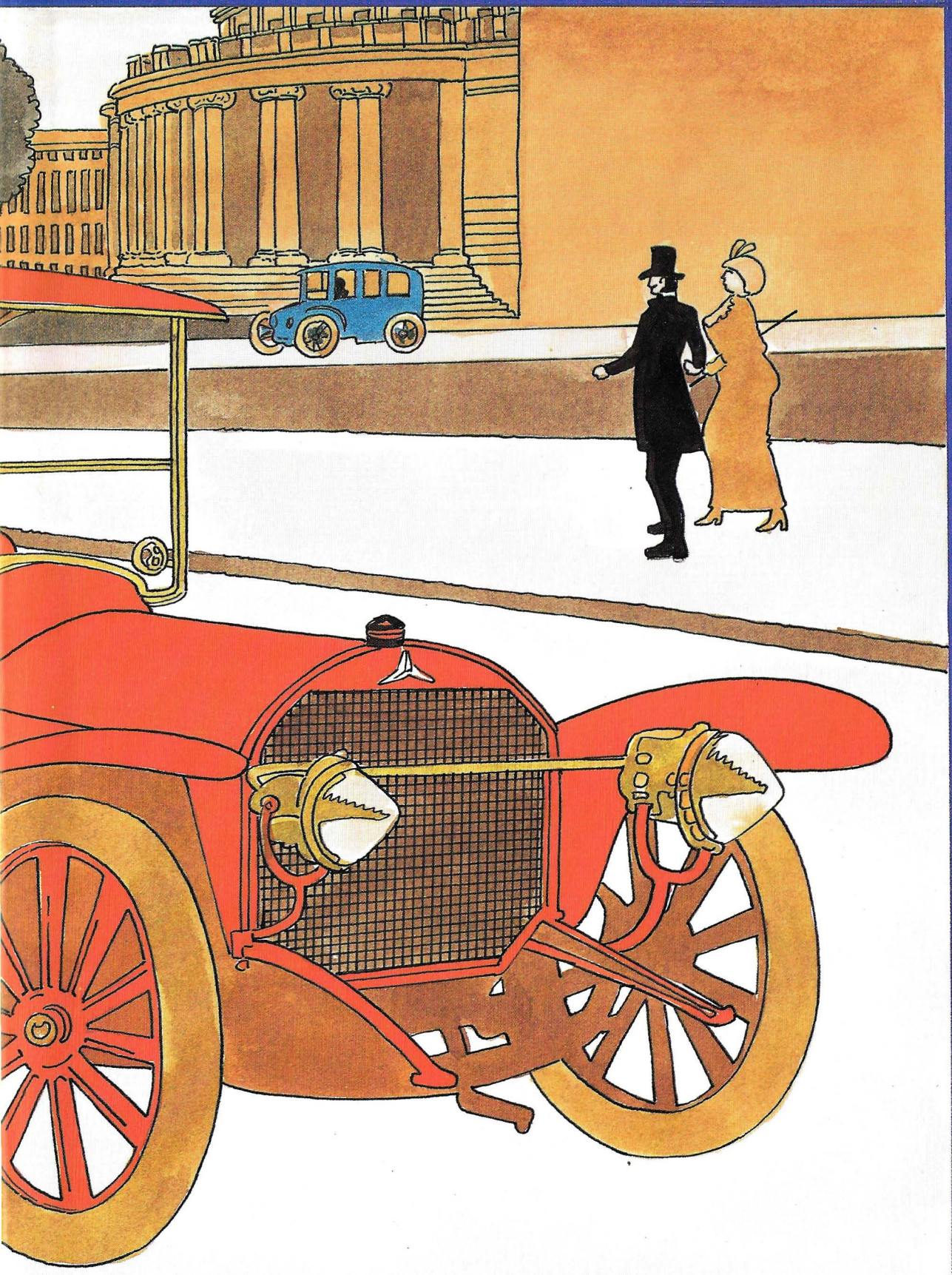
El primer semáforo no fue instalado, como se puede pensar, en una metrópoli como Londres, París o Nueva York. Fueron los administradores de la pequeña pero animada Cleveland, en Ohio (Estados Unidos) quienes para poner orden en el tráfico de un cruce sustituyeron al policía de guardia por un instrumento mecánico. El experimento tuvo un gran éxito y el ejemplo fue rápidamente seguido por las grandes ciudades de todo el mundo.

Muchas máquinas que utilizamos hoy son las herederas de las que se inventaron en la *belle époque,* pero no tienen casi nada en común con sus graciosos antecesores. Un caso aparte fue el de la máquina patentada en 1886 por Ottmar Mergenthaler, un genial inventor alemán que se había trasladado a los Estados Unidos: la *linotipia,* que deshornaba rápidamente líneas enteras de caracteres de plomo para la impresión de libros y periódicos (antes era necesario alinearlos pacientemente a mano). La *linotipia,* que aún se utiliza en la actualidad, es un caso rarísimo de máquina "nacida perfecta". En la actualidad se utiliza cada vez menos (a causa de la creciente difusión de los sistemas electrónicos de fotocomposición) pero en un siglo sólo ha sufrido levísimas modificaciones. ¡Como si los Wright hubieran inventado de un día para otro un jet supersónico!

INDICE

HACIA EL SIGLO XX 6
GENIO Y NEGOCIOS 8
INVENTOS, INVENTOS, INVENTOS... 10
EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES... 14
DETRÁS DE LA FACHADA 16
EL GRAN SAQUEO 20
PRESAGIOS DE GUERRA 22
EL DESASTRE INÚTIL 24
CRONOLOGÍA 26
CURIOSIDADES 27

MERATI-



Érase una vez... el HOMBRE

"Erase una vez el hombre" narra en 26 libros las grandes etapas de la historia de la humanidad, y lo hace siguiendo, a través de los tiempos, las aventuras de un pequeño grupo. Así, podremos ver qué les ocurre al sabio Maestro y a sus amigos en diferentes situaciones: entre los primeros hombres de las cavernas, en las conquistas del imperio romano, en la terrible guerra de los Cien Años o entre las maravillas de la Belle Epoque.

24. LA BELLE ÉPOQUE

La llamaron *belle époque,* "bella época", y para muchos fueron verdaderamente tiempos dorados. Parecía que todo era ya posible gracias al progreso. Efectivamente, las novedades técnicas permitieron a mucha gente vivir más cómodamente y el crecimiento económico empezó a ser notado por la población. Pero, a pesar de ello, aún quedaban grandes masas de gente pobre y pueblos enteros (considerados "inferiores") pagaban duramente el precio de lo que se denominaba progreso. El mundo, a fuerza de cambiar, se desestabilizaba y el desequilibrio llevó a un gigantesco conflicto que tuvo el poco grato honor de ser llamado "mundial": la terrible guerra que ensangrentó a Europa desde 1914 a 1918.

PLANETA-AGOSTINI